

Pues su ventaja es notoria,
Su valor mas conocido,
Su calidad mas grandiosa.
Rendidle á Fernando el cetro,
Entregadle la corona;
Sea mayo, y como rey
Fueros quite y leyes ponga.
El sol en el año impere,
Cual la deidad portentosa,
Que es por gusano y por ave
Hija y madre de si propia.
Dadle el victor de sus años,
Lleve el grado con la borla,
Los árboles lo respeten,
Las flores lo reconozcan.
A sus años tan felices
Tocad la sonora trompa,
La caja la tierra altere,
El clarin los rayos rompa;
Flores el parque derrame,
El palacio vierta aromas;
Porque goce en holocaustos
Lo que su fama pregona.

Díselo á su alteza, y como príncipe tan perfecto, sin reparar en la humildad del verso, premió lo realizado de mi voluntad; porque son excusas de avaros y malos pagadores el calumniar al poeta y censurar sus versos, para quedarse de gráti con sus obras; pero tienen poco de Jerjes, pues no estiman el corcho de agua, y mucho de Midas en guardar su dinero. En este tiempo gastaba yo el que tenia en regalar á mi miñona, sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal y que sembraba en mala tierra. Queríala por lo que me costaba, y estimábala por ser mujer y porque al fin habemos nacido de ellas. Mas la tal señora no me estimaba sino porque la sirviese de marqués del Gasto y conde de Cabra. Tenia yo la fama de ser su galán, y otros cardaban la lana. Decíame que me tendria por ídolo de su altar si llegara á verme ciego, mudo y sordo, y alabando mis dádivas, vituperaba mi persona. Y mientras mas pesos falsos me hacia, queria que yo la estimase mas y la maltratase menos. Pedíame unas veces matrimonio, otras divorcio, y eternamente *danari y piu danari*. Y por darme mas muestras de su fineza y obligarme á quererla mas, amaneció un dia en mi casa, y amaneció veinte en las ajenas. Por lo cual, mas por venganza que amor, ó mas celoso que desapasionado, la hice prender á pedimento de su tía y meterla en una torre como á doña Blanca de Borbon, adonde se sustentaba á mi costa, pareciéndome en todo y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha que, para apartarme de esta fiera esfinge y cruel lamia, llegase la alegre primavera, acompañada del céfiro y Favonio, y lisonjeada de Flora y Amaltea, la cual dando esmeraldas á los prados, librea á las selvas, y esperanza á los montes, animó las flores, resucitó las plantas y enamoró á las fieras; por cuya venida y por haberse puesto el ejército francés sobre la villa de Aire, salió su alteza á campaña para socorrerla, no quedándome yo en zaga, porque mas queria arriesgarme á ser prisionero de un turco que esclavó de mi perversa Dálila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona que consentir que ella me acabase de sacar los ojos. Despues de varios sucesos que tuvo su alteza en

campana, unos prósperos y otros adversos, habiendo vuelto á sitiar la villa por haberla ganado el enemigo y hechas fortificaciones tan inexpugnables, que daban terror á los sitiados, fué Dios servido de darle una enfermedad tan de repente y tan violenta, que le fué necesario retirarse á la villa de Cortray, quedando el ejército á cargo del baron de Beck, tan celebrado por sus hechos como conocido por sus hazañas, y en quien tanto género de alabanza es muy corto á su gran merecimiento. Hallóse su alteza tan indispuesto, que pasó fama de que era muerto; y aun hubo personas tan incrédulas de lo contrario, que quisieron ver y creer sin ser apóstoles. Al cabo de algunos dias fué volviendo en sí y cobrando mejoría; por lo cual, pidiéndome yo mismo albricias por depender de su salud toda mi alegría y la de los estados, le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que habia tenido.

Dió Fernando entre arreboles,
Soles;
Brotando sus pocos mayos,
Rayos,
Y sus lucientes albores,
Esplendores.
Viendo el mal tantos fulgores,
Fué Faeton precipitado,
Que el vuelo le han abrasado
Soles, rayos y esplendores.
Tuvo el mal por enemigo,
Castigo;
Dándole su atrevimiento,
Escarmiento;
Gozando, pues se condena,
Pena.
Si á la primavera amena
De su alteza se atrevió,
Tenga, pues lo mereció,
Castigo, escarmiento y pena.
Si nunca reserva el mal,
Cardenal,
Mirara que es el triunfante,
Infante,
Y que es en todo y en parte,
Marte.
Mas ya abatió su estandarte,
Cuando admiró su virtud;
Porque tuviese salud
Cardenal, Infante y Marte.
Goce en edades lozanas,
Semanas,
Y á despecho de holandeses,
Meses,
Y para azote de extraños,
Años.
Pues á España evita daños,
Porque el mundo se alboroce,
Viva siglos y en paz goce
Semanas, meses y años.

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza, y hallándose algo convaleciente, se pusieron en camino de Brusélas, para dar con él en la gloria. Llegó á esta corte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque despues volvió su regocijo en sentimiento, por verlo recaer con menos esperanzas que tuvieron en la caída. Al fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo, dejando á estos estados sin príncipe que los gobernase, á España sin infante que la socorriese, y á los soldados sin padre que los amparase. Contar el sentimiento que hizo esta corte y

todos los países, príncipes y señores de ellos y todas las demás naciones, fuera proceder en infinito. Solo diré que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdía mas que todos, estuve tres dias sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes, y mi corazon un centro de ardientes suspiros. Y por satisfacer en algo tanta merced y beneficio como me habia hecho, compuse una glosa fúnebre para poner en su real túmulo, que es la siguiente:

*Si la libertad llorais,
Ojos, que perdido habeis,
Aunque mas lágrimas dais,
En vano las derramais.*

| | |
|--|---|
| Ojos, una muerte esquiva Le dió fin al sufrimiento, Porque un fuerte sentimiento Vuestra libertad cautiva; Y si el gran dolor os priva Del curso que ejercitais, El raudal no suspendais; Pues viendo tales despojos, No ceséis de llorar, ojos, <i>Si la libertad llorais.</i> | Cortó un golpe de gnañaña Cetro y corona de gloria, Llevó el cielo la victoria, Y perdió su infante España; Y aunque el cielo su luz baña, Pues yace el cuerpo cual veis, Llorad, ojos, no ceséis; Pues á deuda tan debida Solo pagais con la vida, <i>Aunque mas lágrimas dais.</i> |
| Si en su bella juventud Adquirió renombre eterno, Si aplaudisteis su gobierno, Si admirasteis su virtud, Si visteis su rectitud, Si su fama conocéis, Si sabeis lo que perdeis, Llorad, que será tibieza No llorar la gran riqueza, <i>Ojos, que perdido habeis.</i> | El alma en celeste vuelo Partió triunfante y ufana, Porque flor tan soberana No era flor para este suelo; Llorad, ojos, con desvelo, Pues ya al orbe lo inundais; Y aunque mas lágrimas dais, Son pocas, y no me espanto, Que si no es eterno el llanto, <i>En vano las derramais.</i> |

Al cuarto dia me apretó la hambre, aunque fué mas fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer: imaginando que mis lágrimas no lo habian de resucitar, y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros, dije: El muerto á la huesa, y el vivo á la hogaza; y entrando en un penitente bodegon, al compás de Dios te tenga en su gloria, henchí todos los vacíos, y refresqué todos los secanos; y despues de haberme animado, salí á desistir pesares y á buscar mi vida. Como me veian sin señor ni amparo, todos huían de mí, á todos enfadaba, y mis gracias eran desgracias; nadie conocia á Estebanillo, ni nadie se dignaba de llegarme á hablar, como si yo hubiera sido doctor y errado la cura de su alteza. Viendo pues que aun mi moza se me hacia de pencas, despues de haberla sacado de la prision, y que queria que mandásemos á semanas y que calzásemos los calzónes á meses, me determiné de irle á hablar al conde de Traun, que estaba en esta corte por embajador extraordinario de la majestad cesárea, al cual le supliqué que le escribiese á mi amo el duque de Amalli de cómo habia quedado huérfano de tan gran príncipe, sin herencia y reformado, que si gustaba su excelencia que cantase por mí aquella copla que dice: «Vuelve á casa, pan perdido». El cual no se descuidó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el cual le suplicaba me enviase á Alemania, que era donde se hallaba su excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Envióme el Conde á llamar con un criado suyo; dióme la orden que tenia, y mandó que me pusiese en cami-

no, y me dió para el gasto de él. Pasó la nueva por esta corte, y empezó su burguesía á llover embargos sobre mí, y á querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni alguacil que me prendiese, ni carcelero que me quisiese recibir en su prision. Salió contra mí una querrela de una vidriera, á quien despues de haberle quebrado muchos vidrios, le habia dado una cuchillada. Estando en tres dormidas, como gusano de seda, pedíame una patrona el menoscabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella, y cual digan dueñas, soñando que vertía aguas en la proa de una galera de Malta, le inundé todos los colchones. En efecto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen á molestarme. Yo, ni negando la deuda ni ofreciendo la paga, les prometía satisfaccion antes de hacer mi viaje; y al cabo y á la postre quedaron satisfechos de quien yo era, porque quedara yo muy desairado, y no se estimara mi caballería, sin pagar á mis acreedores, porque ni tuviera quien me cortejara á todas horas ni quien se acordase de mí en todos tiempos.

Fuíme á despedir de don Francisco de Melo, que estaba por gobernador de estos estados, y de todos los señores, así del país como extranjeros; y habiendo juntado muy buena garrama, por respecto del dueño á quien iba á servir, me fui á decirle adios á mi querida Belerma y á derretirme con ella como si fuera portugués. Y despues de haberle dado con qué poder pasar muchos dias y de haber hecho muchas finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daría muy presto la vuelta por solo verla y regalarla; y que si habia de sentir mi ausencia y gustaba de que me quedase, obedecería su gusto y despediría las postas. Ella, muy sonriéndose y reventándole por los ojos rayos de alegría, por quedar en su libertad, sin tutor ni curador de su vida y milagros, me respondió: Señor Estebanillo, que vuesa merced se vaya ó se vuelva, que se quede ó no, *pour moi c'est tout un*. Y aunque tal despejo y desvío declara el corazon mas firme y constante, á mí se me encendió de tal suerte, teniendo sus ofensas á favor, que salamandra de su fuego sentia cada instante encenderme en la lumbre de sus ojos, y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza; porque es muy de mujeres como la tal desestimar á quien las regala, y idolatrar á quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas, y de hombre como yo perder el juicio y gastar la hacienda por quien no lo agradece ni sabe guardar fe ni lealtad; pero al fin era yo tal como ella, y ella tal como yo. Pudo mas en mí ir á buscar á mi amo que no la prision de mi libertad ni el estar en la gloria de Niquea; y dejándola en un monasterio, mas por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al son de su trote: Adios, Brusélas, pasé á Namur, Marcha y Lisel, adonde despues de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Cruenaque y desempedrar las calles de Wornes, Fraquendal, Espira y á Donaverte (plaza del duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rá-

pidas corrientes bañan el reino de Hungría, y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantino-pla), desembarqué en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mí; y antes de descansar ni tomar posada, fuí á visitar las cesáreas majestades, teniendo órden del mismo Emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase á su alteza serenísima el infante Cardenal, por el gran sentimiento que hacia cuando lo oía nombrar la cesárea majestad de la Emperatriz, su hermana. Holgáronse de verme y de oírme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcación, fuí á besar la mano al marqués de Castel Rodrigo, que estaba por embajador ordinario de la católica y real majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces; el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de su excelencia.

Estuve algunos días hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinita del gracejo, que no trocara mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial para venir á Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí á recibir al camino; y echándome á sus piés, le pedí perdon de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa haber quedado enfermo á su partida y el haber entrado á servir un bisnieto de Carlos V, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba indigno de recibir en su servicio á quien había tenido por dueño un tan gran príncipe. Entró su excelencia en la corte, y así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes á la boecólica, y que yo los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no solo tomando el mando, sino el palo, que así lo hacen los que no han sido nada y llegan á verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potajería, y los metí de tal manera en pretina, que decían que me había dado mi amo el pié, y me había tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor, los unos porque les quitaba el mando, y los otros porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado, á quien no le había tocado la residencia, todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentecilla,
Deten el paso y advierte, etc.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de éste fué mi amo á gobernar las armas imperiales, por muerte del general Francisco Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos; porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso mostrándose liberal conmigo, que de mas de un millon de arrobos que había bebido, le pagase una sola gota de pensión, porque también ella reparte en la jurisdicción

de los cuerpos sus millones y alcabalas, y algo se me había de pegar á mí de andar entre príncipes y señores. Apenas había mi amo salido de casa, cuando se conjuraron contra mí todos los criados de ella, por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente á mi oficio. Llegó á tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiéndome un día sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero, y echándome como á Luzbel de la silla abajo, enarboló en lugar de espada un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que á no ser de llano, me dejaba para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no había usado de mi comision, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó á besar dos ó tres veces la tierra sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al son del paloteado, y despues de haberse holgado infinito de verme aporreado y tendido en el duro suelo, dándoles á todos razon y á mí baldones, me puso de piés en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino á la memoria aquel sentencioso adagio de que en furia del conde no mates al hombre. Yo, temiendo que pluvia que había empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo mas que pude, tomé la posta y me fuí á buscar á mi amo, al cual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una villa llamada Helbruna, adonde le dí mis quejas, y criminé lo que habían hecho en mí contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced y me prometió dejar vengado, al cabo de la jornada se quedaron todos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó á aquella villa con su armada el archiduque Leopoldo, y juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dió su excelencia un grandioso banquete al Archiduque y todos los cabos de la armada, por agasajarlos; y porque corriese parejas su valor con su grandeza, bebióse en él á lo alemán, pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro día muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el cual nos tenía sitiada una plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolución que llevaban el Archiduque y mi amo de socorrerla, aunque se arriesgase de perder la armada, no osando atender á tan valiente determinación, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa, llamada Nais, que está á cuatro leguas de Brique, despues de haberla puesto fuego por cuatro partes, sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el Archiduque de mi amo lo diligente que yo era y la confianza que en diferentes ocasiones se había hecho de mí, y la merced que me hacia su alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que haciendo

oficio de correo llevase estas buenas nuevas á sus cesáreas majestades. Llegué á Viena á toda diligencia, y apeándome en el patio del palacio imperial, dí el despacho al conde Buchaim, que hacia oficio de camareero mayor, queriendo mas usar de las obligaciones de correo que de las preeminencias de gentilhombre entendido. Regaláronme todos los señores de palacio y criados de importancia, porque demás de mi buen humor, servia de correo de buenas nuevas. Mandóme dar su majestad cesárea una cadena de oro de harto precio y que se me despachase con nuevos pliegos á la armada, adonde volví con mucha brevedad, y serví en ella toda la campaña el oficio de correo, advirtiendo al postillon que corriese estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de armada ó ejército, que en Alemania se apellida de este modo, y que cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza.

Situamos una villa llamada Glogau, que está en el fin de la Silesia y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy á menudo las trincheras; y por probar mi valor, aunque ya tenía harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, mas forzado que de voluntad, diciéndome que me quería hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable, si no es quitándome el pellejo como á culebra y volviéndome á hacer de nuevo. Esguazamos una ribera, llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de balas sin confitar y de peladillas amargas. Yo, empezando por el credo y acabando en los artículos, le dije á mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase á mí ir á nuestro cuartel y que trajese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que había de ganar en aquella acción. El me respondió que de aquella suerte ganaría opinion y me haria memorable, que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué: Certifico á vuestra excelencia que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos. Apenas acababa de pronunciar estas últimas razones, cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que á bajar la puntería nos llevaba á los dos de bola ó á uno de calles; y aunque no mostré flaqueza por estar mi amo delante, cuando vi que poco distante de nosotros hizo á un soldado volatin de Carnaval, dándole remate de vida, no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesion y gustando mas que dijese, «aquí huyó», que no «aquí cayó», me afufé con tal douaire, que parecía el suelto caballo á quien movian tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y menos de aliento; subí al pajar, y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dije un paje que me había puesto en la pajada á madurar como nispero. Mandóme bajar, y llegando á su vista, no limpio de polvo y paja, me dijo: Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde que me ha-

beis dejado, y á vista de una armada habeis vuelto las espaldas y puéstoos en huida? Yo le respondí: Señor, ¿quién le ha dicho á vuestra excelencia que yo soy valiente, ó en qué ocasion no lo he hecho mucho peor que hoy? Si vuestra excelencia me envió á llamar á Flándes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas. Obligóle la respuesta á convertir su enojo en placer y á disculparme de lo sucedido.

CAPITULO X.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Leipsic, que dieron los imperiales á los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flándes, y despues al imperio.

Al cabo de ocho dias y habiéndome retirado de la plaza por venir el enemigo con gran poder, su alteza el Archiduque me despachó á Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el Rey y el otro para la Reina, su hermana. Tomé la posta, llevando de compañía un ayuda de cámara del gran duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel estado; el cual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viaje. Llegamos á la corte de Polonia, adonde se apartó de mí á dar su embajada; y yo, anticipándome con la mia, me fuí al palacio real, y dí el pliego en mano propia á su majestad; el cual, como no me conocia ni tenía aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuese á descansar, que él tenía particular cuidado de despacharme. Fuí al cuarto de la Reina, di el pliego del Archiduque, su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesías ó por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme á descansar, me mandó regalar y que cuidasen del señor embajador. Dió aviso de ello á su majestad, el cual se holgó mucho, celebrando la gravedad y tesura con que le había dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dándome trescientos ducados para guantes; y enviándole la Reina á su hermano, entre las demás cartas, una en que le encargaba que si acaso me despachase á los Países-Bajos, me diese comision de traerle unas puntas y una muñeca vestida al traje francés, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir á uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado y no á su gusto.

Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Hungría; y habiendo llegado á la corte imperial, el señor marqués de Castel Rodrigo, embajador ordinario del rey Católico, me dió otro pliego de cartas para la armada; y partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el reino de Bohemia, y pasando por Praga, llegué á Dresde, corte del duque de Sajonia. Allí tomé lengua de la armada, y me dijeron que marchaba la vuelta de Leipsic en seguimiento de